

Capitulo Primero

Había amanecido; es decir, otra vez el giro infinito de la tierra en que afianzaba sus pies, había interrumpido la noche, igual que el día que le antecedió, poniéndolo de cara a la luz inmóvil.

Como siempre, aparecieron ante sus ojos los eslabones ausentes de la exterioridad luminosa, diseminando la multiplicidad infinita, en el incognoscible secreto que incluía su cuerpo.

También allí, y sin confundirse, vio los espacios ficticios en que realizaba su conciencia, recordando al instante, sus deberes heredados de un progreso sospechoso.

Hubiera querido, siguiendo la costumbre de otras veces, decir la fecha

de aquel día, en que, mirando por las ventanas de sus ojos la realidad incomprendida y la ficción vanidosa, decidió negarle el tiempo a su conciencia. Pero no, ¿cómo lo haría? ¿cómo diría... este día es la vuelta mil o dos mil de la tierra sobre sí misma y alrededor del sol? ¿Cómo, si su giro no tiene principio ni fin?. Menos aún, elegiría un punto en el espacio ficticio de la historia en que vivía. Además, ¿qué importancia tenía?; ya su familia, viéndolo inmóvil, había optado por enterrarlo vivo.

Unos toques autoritarios estremecieron su puerta. Después del chirrido de los goznes, reconoció en las palabras de presentación, no de saludo, la Superintendencia de Higiene Política. Sus hermanos quedaron sorprendidos.

—¿Es ésta la residencia del hombre Z?— preguntó el acompañante del personaje principal; que entre tanto, parecía respirar el ambiente con sospecha.

— ¡Sí señor!— respondieron sus hermanos simultáneamente.

En realidad, era un acontecimiento que esperaban. La Superintendencia jamás demoraba en sus propios asuntos. Ni siquiera en las medidas preventivas.

—Queremos hacerles unas preguntas— replicó la voz de una tercera persona, desprecia-tivamente..

—Pasen Uds.— ordenó la voz suplicante de uno de sus hermanos— están en su derecho— enseguida se le oyó afirmar. La puerta, tras ellos, los reunió en secreto.

Antes de que las palabras empezaran a revelar el sentido de su presencia allí, lo miraron olfativamente.

—Ustedes... ¿por qué han solicitado la sepultura de un hombre vivo? — preguntó secamente, el personaje principal.

Sus hermanos, en conjunto, sintieron temor para responder. Hubieran preferido, que el Superintendente concluyera la respuesta, de la confrontación de los cánones establecidos, con las circunstancias que contrariaban el régimen. Vagamente, presentían que era peligrosa cualquier opinión sobre la administración de la Historia. Siempre fue así. Por eso, se esforzaban en mostrar la apariencia de cuerpos sin cabeza. El Derecho no existía; sólo el deber, administrado rigu-

rosamente por una ciencia imposible de las virtualidades, La Política.

El espíritu del tiempo y la creación de todos sus fantasmas, habían sido erradicados en los grandes hospitales de higiene política. La asepsia sobre el mito y todos los supuestos orígenes imaginados, ya eran necios entretenimientos desde el hallazgo radical del hombre, incluido en la presencia simultánea de todas las cosas. El hombre era originario de sí mismo. Igual que toda existencia, llevaba en sí mismo su raíz.

Desde entonces, ya la fabulosa cadena del tiempo no existía. Por consiguiente, La Superintendencia de Higiene Política, se encargaba con prontitud, de todo acto, representación o símbolo, que quisiera revivir la purulencia del falso recuerdo.

Políticamente, el régimen había triunfado sobre la muerte.

www.davidleon.com.co